

*Artículo publicado en
la revista Plural, en el número de
agosto de 1983.*

RONALD REAGAN: ¿DE DÓNDE VIENE? ¿A DÓNDE VA?

El 5 de mayo de este año el presidente norteamericano se desplazó de Washington a San Antonio, Texas, para presidir los festejos con que los chicanos celebraban el triunfo del pueblo de México sobre los invasores franceses en el siglo pasado. Como tal gesta se inscribe en la historia de las grandes batallas de los pueblos latinoamericanos contra el colonialismo, nos dejó estupefactos esta audacia de Ronald Reagan, el aliado de Inglaterra contra los argentinos en el reciente intento de éstos para recuperar y descolonizar las Islas Malvinas. ¿Cómo interpretar la actitud de Reagan? ¿Cinismo? ¿Oportunismo político? ¿Genio publicitario?

Ciertamente la búsqueda de apoyos electorales se inició ya en el país vecino, y no se debe olvidar que quienes allá son llamados con el nombre genérico de "hispanos" constituyen la más numerosa de las minorías en Norteamérica; pero atrás de esta explicación simplista se desarrolla un complicado juego político de alcances mundiales.

Se ha dicho —y con razón— que el actual gobierno norteamericano es un "gobierno de los ricos, para los ricos y por los ricos". Un gobierno así ha ido ganando impopularidad entre los pobres que forman la inmensa mayoría en la nación vecina. Para pretender la reelección del actual presidente o, por lo menos, para mantener en el poder al Partido Republicano, les sería preciso atraer a las minorías raciales o culturales que sumadas forman una gran parte de aquella mayoría.

Por supuesto no se puede achacar a perversidad de los ricos norteamericanos el hecho de que allá los pobres se hayan vuelto más pobres en esta década que empezó en los primeros años setentas. Pero tampoco es cierto que las medidas económicas y sociales tomadas por los dirigentes políticos tengan por finalidad resolver la gran crisis actual en favor de las mayorías. Son precisamente dichas medidas las que han hecho a los pobres más pobres. Fueron ellas inspiradas por un liberalismo económico, más bien retórico, ya que en la práctica es negado por la conducta monopolista de las grandes empresas trasnacionales y por el creciente proteccionismo en el comercio. La certeza de que también han hecho a los ricos más ricos nos da la clave de la explicación.

El capitalismo se transforma

La explicación del fenómeno se encuentra en la necesidad de "financiar" la formidable transformación técnica, científica y cultural del capitalismo en nuestros días. Financiamiento logrado mediante una exitosa y despiadada concentración de capitales, gracias al mejor de los instrumentos para ello: la inflación. Por eso es tan ambigua, tan paradójica a veces y, en general, tan demagógica, la pretendida lucha contra la inflación. Hay que saber discernir quiénes luchan en serio contra ello. Porque la inflación ciertamente lesiona los capitales más débiles y hace desaparecer a muchos de ellos; pero vuelve más fuertes a los fuertes, al mismo tiempo que reduce su número: en esto consiste la "concentración" de capitales.

No está por demás recordar que si por la inflación los capitales grandes literalmente se echan sobre los medianos, y éstos sobre los pequeños, las víctimas siguientes son los asalariados, cuyos bolsillos se vacían hasta el fondo. Finalmente millones de ex asalariados en el mundo capitalista pasan todos los días a engrosar las filas de los marginados al quedar fuera de los mercados del trabajo y del consumo.

Estados Unidos encabeza la transformación del capitalismo mundial. Como una serpiente mudando de piel mediante dolorosos espasmos y sacudidas, la economía norteamericana cambia su carácter esencialmente "industrial" por el de "servicios". Se está convirtiendo en una economía posindustrial, por una parte. Por la otra, mientras se arruinan y quiebran allá miles de empresas dentro de la industria y las manufacturas tradicionales —industrias de "chimenea"— florecen en cambio grandes negocios en las ramas más avanzadas de la industria electrónica: la microcomputación, la robotización, la telemática.

Las industrias tradicionales —sobre todo las más contaminantes— se desplazan hacia la "geografía del hambre" en donde encuentran mano de obra barata y abundante, infraestructura casi gratuita y exenciones y franquicias fiscales. De este modo nuestros países del Tercer Mundo se van convirtiendo en inmensas y empobrecidas colectividades maquiladoras de productos no terminados que las empresas trasnacionales trasladan de un país a otro, de acuerdo con programas establecidos por sus propios intereses.

Los intereses de las empresas trasnacionales actúan en detrimento de los Estados nacionales —y no sólo de los del Tercer Mundo— que ven modificadas sus funciones tradicionales y en peligro sus estructuras sociopolíticas. En consecuencia, tan traumáticos cambios provocan conmociones sociales en todas partes;

en los países más expoliados amenazan con derivar hacia verdaderas revoluciones.

El "trilateralismo" de Carter

Los otros países industrializados, sobre todo Japón y los de la Comunidad Europea, van a la zaga de Estados Unidos, aunque por su mismo camino en el proceso de transformación capitalista. Hace poco tiempo las relaciones entre todos ellos no eran tan tensas y difíciles como son ahora. Su relativa armonía fue en parte resultado de las gestiones y actividades de la hoy oscurecida Comisión Trilateral. Esta Comisión, como es sabido, se formó por iniciativa privada en 1973. La integraron individuos de las aristocracias financieras y político-administrativas, de las universidades y de algunos centros de investigación muy conservadores, así como de importantes medios de comunicación masiva y uno que otro líder sindical cooptado. Como el nombre de la Trilateral lo indica, todos ellos vinieron de los tres grandes núcleos rectores de la economía mundial: América del Norte —es decir, Canadá y Estados Unidos—, Japón y la Comunidad Europea.

La Comisión Trilateral constituye expresión objetiva de la evolución del capitalismo mundial en nuestro momento. Responde plenamente al predominio presente del capital financiero sobre el industrial y, por ende, al auge de la banca internacional. (Puede afirmarse, entonces, que el capitalismo es hoy más especulativo que productivo.) La Trilateral responde, también, a la necesidad de establecer estrategias comunes en escala planetaria, en función de los intereses del capital privado trasnacional y del fenómeno más característico del capitalismo en la actualidad: su trasnacionalización creciente. Sobre todo, la Trilateral responde a la amenaza surgida desde el seno mismo de las Naciones Unidas, en cuya Asamblea general han ido ganando fuerza y poder los Estados nacionales tercermundistas en lucha por su liberación económica, su independencia política y su estabilidad social.

Puede decirse que la Comisión Trilateral nació, fundamentalmente, para atenuar la inevitable competencia comercial entre las potencias más industrializadas ávidas de mercados, y poder presentar, entonces, un frente más o menos homogéneo ante los crecientes y peligrosos movimientos de liberación en el Tercer Mundo. Porque sin el dominio y la explotación del Tercer Mundo se desplomaría el Primer Mundo, ya que aquél constituye para éste su mercado cautivo o irremplazable, su abastecedor de materias primas y, sobre todo, su fuente inagotable de fuerza de trabajo casi regalada y de plusvalía generada internacionalmente.

Fue la Comisión Trilateral la que llevó al poder al trilateralista James Carter en Estados Unidos, y fue Ja-

mes Carter quien propició que la Comisión Trilateral tomara la dirección de los asuntos mundiales. Durante su predominio se logró entendimiento entre los tres grandes núcleos rectores de la economía mundial; se intensificó la interpenetración financiera y comercial en los propios países industrializados por medio de sus respectivas grandes empresas trasnacionales; se puso mayor atención a las relaciones entre los llamados Norte y Sur y se relegó a segundo término el conflicto Este-Oeste; se perfiló un nuevo orden económico capitalista mundial, basado en una nueva división del trabajo internacional.

El "nacionalismo" de Reagan

El equilibrio logrado por el proyecto trilateral se alteró cuando a causa de la crisis incontrolable se inició un viraje en las políticas económicas estadounidenses, y cuando la reacción nacionalista del muy manipulable y manipulado pueblo norteamericano derrotó el proyecto trilateral de James Carter y llevó al poder a Ronald Reagan. Acostumbrados a que fueran sus capitales y empresas los que penetraban en las demás naciones, los norteamericanos se preocuparon cuando —gracias al proyecto trilateral— los capitales y empresas de las demás naciones penetraron acelerada y masivamente en su propia economía interna. Un punto crítico llegó cuando los japoneses se enseñorearon en el mercado automovilístico interno, en franca agresión a la más norteamericana de las industrias, aquella sobre la cual se había edificado el poderío estadounidense. Con éste y otros estímulos, la reacción nacionalista no se hizo esperar: era inevitable. Su fruto más espectacular fue el presidente Reagan.

El nuevo presidente había fundado su campaña electoral en un nacionalismo centrado en la promesa de devolver a la Unión Americana la hegemonía sobre el mundo. Lo trágico es que casi ha cumplido su palabra. Exprimiendo a sus propias clases asalariadas mediante políticas económicas de corte monetarista y ofertista; expoliando al máximo a las naciones subdesarrolladas con altísimos intereses del crédito y con graves deterioros en los términos del intercambio; dislocando las economías de los otros países industrializados; chantajeando al mundo con la amenaza de una guerra espantosa; provocando por doquier conflictos bélicos *controlables* como mercados para su alucinante producción de armas, Ronald Reagan está logrando imponer los peores aspectos de la prepotencia norteamericana sobre el miedo de unos y la impotencia de otros, sobre la irredenta servidumbre de unos y la audacia suicida de otros.

Los dos últimos presidentes norteamericanos representan dos maneras de facilitar o dirigir la evolución capitalista hacia su fase de plena trasnacionalización. Ja-

mes Carter, paladín del proyecto trilateral, favoreció la labor de empresas y conglomerados transnacionales lo mismo se tratara de transnacionales norteamericanas que de europeas o japonesas, con lo cual se creaba un clima de entendimiento entre todas las potencias capitalistas, más acorde con el espíritu del antiguo liberalismo económico. Reagan favorece —y en esto consiste su “nacionalismo”— las empresas transnacionales de matriz propiamente norteamericana; así, durante su administración, medidas proteccionistas en el comercio internacional y otras de tipo financiero-económicas han exacerbado las diferencias y los conflictos entre las potencias capitalistas, ya no tan aliadas y al borde de una franca guerra comercial. De aquí la incongruencia de su retórica “neoliberal”.

Capitalismo reformista versus capitalismo salvaje

Con un trilateralista, como el James Carter de su primera época, podía pensarse en soluciones de tipo reformista a la crisis económica mundial, tales como la contenida en el famoso Informe Brandt, cuya vinculación ideológica a la Internacional Socialista es casi automática, y cuya relación con el Banco Mundial de los tiempos de McNamara fuera —aunque cierta— menos evidente. No es superflua esta referencia anecdótica: “El presidente Carter es un socialdemócrata; pero él no lo sabe”, dijo en una ocasión Willy Brandt, presidente tanto de la Comisión que lleva su nombre, como de la Internacional Socialista y del Partido Socialdemócrata alemán.

Una visión reformista como la del Informe Brandt toma en cuenta simultáneamente las necesidades de la evolución del capitalismo y las carencias y miserias del Tercer Mundo, así como también impone la búsqueda de un aceptable diálogo Norte-Sur y de la distensión en las relaciones Este-Oeste. Tal concepción reformista significaría el intento de reconciliación antes del divorcio definitivo entre el neoliberalismo económico y el liberalismo político-filosófico.

En cambio, para el campeón del capitalismo salvaje —Ronald Reagan— la solución de la crisis económica mundial pasa primero por la solución de la crisis económica norteamericana, no importa cuán catastróficas sean las consecuencias sociales, políticas y económicas que el proyecto estadounidense provoque en las demás naciones del planeta, particularmente en las del Tercer Mundo. A continuación, con el simplismo de su discurso ideológico, Ronald Reagan achaca a intervenciones de la Unión Soviética —o de Cuba— cualquier resistencia o rebelión frente al proyecto imperial norteamericano surgida en los países explotados y sometidos. Así se agrava el conflicto Este-Oeste y desaparece cualquier esperanza de diálogo Norte-Sur.

Posibles consecuencias de las elecciones en EE. UU.

Las contiendas electorales estadounidenses tienen por escenario el mundo entero: en ellas se juega la suerte inmediata de muchos gobiernos sometidos o acorralados. Hoy, aunque la perspectiva histórica sea todavía limitada, cabe pensar en la posibilidad de un reforzamiento del anterior y ahora postergado proyecto trilateral —o de una versión modificada del mismo— con el posible triunfo del Partido Demócrata sobre el Republicano en 1984, sin descartar las concesiones necesarias de tipo “nacionalista” que se vieran obligados a efectuar los demócratas con fines electorales.

Al hablar de un posible triunfo de los demócratas en Estados Unidos se está pensando en la necesidad, para el capitalismo mundial, de retomar el camino de su evolución dentro del proceso histórico, y se está pensando también en que las “soluciones” fascistas sólo son soluciones a corto plazo para el propio capitalismo en apuros coyunturales, ya que a mediano y a largo plazo el fascismo constituye una peligrosa involución para el desarrollo capitalista. Sin embargo, no se descarta, en absoluto, la posibilidad de una reelección de Ronald Reagan, aunque con algunas obligadas concesiones en sus políticas económico-sociales.

Con el triunfo del Partido Demócrata en Estados Unidos se abriría entonces la posibilidad de una “socialdemocratización” o entronización del reformismo capitalista en escala mundial. Al hablar de la posibilidad de una socialdemocratización del capitalismo mundial se piensa en aquellas corrientes dentro de la socialdemocracia más identificables con el reformismo burgués; en otras palabras: sus corrientes de derecha. Las corrientes de izquierda dentro de la socialdemocracia están radicalizándose cada vez más y acercándose a un socialismo marxista (¿eurocomunismo?).

La socialdemocracia en su acepción actual

Se ha dicho —y con razón— que entró en crisis el modelo económico keynesiano, sobre el cual se levantó la superestructura político-social reformista o socialdemócrata. Es cuestión de preguntarse si lo que se conoce bajo el nombre de “modelo keynesiano” no constituye el capitalismo mismo actual, es decir, lo que ha llegado a ser, ya que con el término “capitalismo” se denomina un fenómeno esencialmente histórico. Aquella transformación del capitalismo obligada principalmente por la profunda crisis de los años 29 y siguientes, tuvo como característica más acusada la creciente intervención del Estado en las economías nacionales, rasgo por demás fundamental del keynesianismo. Este cambio económico encontró expresión

social y política en el Estado de bienestar o benefactor, *Welfare State*, *Wohlfahrt Staat*, *État Providence*, al gunos de cuyos nombres recibe en Europa y en Estados Unidos (el equivalente entre nosotros sería el Estado patriarcal). Al resultado de tal transformación económica, política, social e ideológica se le llama, globalmente, "socialdemocracia" en Europa (el equivalente en América Latina sería el "populismo"). Todo lo anterior puede resumirse diciendo que el modelo económico keynesiano dio paso franco al reformismo capitalista expresado en diversas formas políticas y sociales, de acuerdo con las situaciones concretas de las que se trate.

Al entrar en crisis el llamado modelo keynesiano, lo que ha entrado en crisis es el propio capitalismo reformado o reformista, es decir, el capitalismo actual. No es ésta la ocasión para discutir las causas de la crisis del keynesianismo; basta con señalar que su crisis se inicia cuando deja de dar respuesta a las necesidades del capitalismo en su evolución constante; es entonces cuando empiezan a tomar cuerpo y a imponerse pretendidas soluciones "neoliberales" en sus modalidades monetaristas u ofertistas, o combinaciones de ambas como lo hace la llamada *reaganomics* en Estados Unidos.

Las causas económicas de la declinación del keynesianismo se expresan también como contratiempos políticos. El reciente triunfo electoral de Margaret Thatcher en Inglaterra, mejor dicho, el triunfo de sus políticas económicas conservadoras "neoliberales", fue propiciado por la carencia de una convincente política económica alternativa por parte del Partido Laborista, cuyas propias políticas económicas reformadoras no fueron capaces de afrontar la gran crisis de principios de los años 70 hasta hoy. En Alemania Federal, el socialdemócrata Helmut Schmidt, más que por méritos del ganador democristiano Helmut Kohl, cayó por el deterioro del modelo económico reformista de su régimen de gobierno. De manera semejante, si Ronald Reagan es reelecto en Estados Unidos —lo que es posible— será fundamentalmente por la pobre alternativa que ofrece el Partido Demócrata en materia de política económica frente a la crisis. Además, la propaganda de los republicanos arroja toda la culpa de la grave crisis actual sobre las políticas económicas reformistas, en particular sobre aquellas con carácter distributivo social, sustentadas por los repetidos gobiernos demócratas desde Franklin D. Roosevelt.

El fascismo contemporáneo

Por su parte, las pretendidas soluciones neoliberales no son sino lo que bien puede llamarse capitalismo "salvaje", por contraposición al capitalismo "reformado" al que me he estado refiriendo aquí. Los

cruces procedimientos del capitalismo salvaje de hoy recuerdan por su dureza los de la época de la acumulación originaria, o los de las épocas de máximas crisis; por eso parece conveniente manejar una hipótesis que contemplara la aparición cíclica —dentro de un movimiento en espiral— de fenómenos generados por el capitalismo a lo largo de su evolución: el fascismo, por ejemplo, o el reformismo. De este modo, el régimen de Ronald Reagan bien podría tipificarse hoy como un *fascismo contemporáneo* a causa de sus políticas económicas neoliberales de vuelta al capitalismo salvaje; del desmantelamiento de las conquistas sociales logradas por los asalariados; de la firme convicción de que el destino manifiesto de Estados Unidos es su dominio sobre el mundo; de su política exterior basada en la doctrina militar de la seguridad nacional, y de su desprecio por la soberanía y por la autodeterminación de los pueblos. Es un fascismo con sello propio y características diferentes a las del fascismo de los años treinta por razones de evolución del capitalismo, por una parte, y de circunstancias concretas distintas de Estados Unidos, por otra parte.

A diferencia de Adolfo Hitler, Ronald Reagan debe someterse a la "tiranía de las mayorías" dentro de una contienda electoral, aunque cuenta con poderes reales e institucionales inmensos para manipular conciencias ciudadanas e influir en resultados electorales. A semejanza de Adolfo Hitler, Ronald Reagan posee en lo personal un talento histriónico que facilita la comunicación; su discurso ideológico es, además, tan simple y convincente para las grandes masas políticamente analfabetas como lo era el discurso de Hitler, ya que apela también a la más elemental irracionalidad emotiva e ignora las complejidades del discurso racional.

Al señalar a la Unión Soviética como fuente de todos los males que aquejan a la humanidad, y convertir el anticomunismo en un fetiche o amuleto contra dichos males, Ronald Reagan ha dado simplificada respuesta al temor que sienten millones de seres —en todo el mundo— frente a catástrofes sociales incomprensibles para ellos como son el creciente desempleo y sus secuelas de hambre e inseguridad; la carestía de la vida; el aumento de la delincuencia y los extremos de crueldad a los que ha llegado ésta; la ruptura de antiguos patrones culturales y la resistencia psicológica profunda para aceptar modos de vida impuestos por el proceso de transnacionalización de la economía y de la cultura. Finalmente, Reagan manipula la amenaza de una guerra nuclear para justificar el armamentismo sin precedentes al que se ha entregado su régimen, como recurso fundamental en la recuperación económica de su país. Con el miedo como aliado, Reagan profundiza la división del mundo en dos bloques que el simplismo de su filosofía política vuelve irreconciliables. La polarización internacional induce la polarización nacional;

la agudización de los conflictos domésticos no tarda en hacerse sentir en todos los países.

El fascismo contemporáneo está avanzando alarmantemente a medida que se imponen políticas económicas neoliberales mediante exigencias del Fondo Monetario Internacional, controlado por Estados Unidos; que se extiende la filosofía política reaganiana gracias a los medios de comunicación masiva, avasallados por el *american way of life*; que se articulan las fuerzas reaccionarias propias de cada país en el gran aparato internacional fascista, montado por las corrientes más retrógradas del capitalismo norteamericano.

Para impedir la entronización del fascismo en escala mundial sería preciso edificar —a semejanza de lo ocurrido en los años treinta y cuarenta— una gran barrera plural y antifascista que detuviera a Reagan y sus políticas bélicas, *ahora*. Ciertamente tal barrera está ya en construcción con el fortalecimiento de organizaciones definitivamente políticas como el Movimiento de Países no Alineados o la propia Internacional Socialista; así como también de organizaciones de países —dentro y fuera de las Naciones Unidas— para la defensa de las economías nacionales y regionales; de crecientes movimientos sociales en lucha por la paz y por el desarme, por la conservación del ambiente o por los derechos de las minorías oprimidas. Sin embargo, caben la duda y el temor de que nada de esto garantizaría la derrota del fascismo contemporáneo, *a corto plazo*, si el pueblo norteamericano —sus mayorías electorales— se rindiera a la seducción del gran comunicador Ronald Reagan, como se rindió el pueblo alemán a la seducción de aquel otro gran comunicador que se llamó Adolfo Hitler.

FUENTES

Prensa mexicana

Sección financiera de *Excélsior*.
Columna "Portafolios", de José A. Pérez Stuart, *Excélsior*.
Sección internacional de *El Día*.
Sección editorial de *Unomásuno*.

Revistas:

Comercio Exterior.
Contextos.
Cuadernos del CIDE.
Time.
Newsweek.
Businessweek.

Documentos:

Diversos de la Internacional Socialista.
Diversos de la Naciones Unidas.
Norte-Sur, un programa para la supervivencia (Informe Brandt).
Informe del presidente Fidel Castro ante la VII reunión del Movimiento de Países no Alineados.

Artículos:

Diversos de Sol Arguedas en el periódico *El Universal*, en la revista del Centro de *Estudios Políticos* de la UNAM y en los suplementos *Uno* y *Sábado* del periódico *Unomásuno*.